BIBLIOTECA DRAMÁTICA.

Con todos y con ninguno.

Comedia en un acto, traducida del francés por D. M. DE C., *para representarse en el año de* 1846.

PERSONAGES.

—

. BONIFACIO LOPEZ, *comerciante de la Coruña.*
NRIQUETA, *su hija.*
UIS, *primer dependiente de la casa.*

La escena es en la Coruña.

l teatro representa el despacho de D. Bonifacio: puerta n el fondo, y otras dos laterales: á la izquierda, un velador; á la derecha, una mesa con papeles.

ESCENA I.

UIS (*escribiendo en la mesa; interrumpe un oco su trabajo, y pone la cabeza entre sus dos manos.*)

lasta trabajando no puedo pensar sino en ella! Dios mio! dadme valor para callar, aunque mi silencio haya de costarme la vida. (*reparando en Enriqueta que entra.*) Ah! (*sigue escribiendo.*)

NR. (*entra por la puerta del fondo, y va á escuchar á la de la izquierda.*) Todavia no se ha levantado... Cómo! Ya está usted trabajando tan de mañana, señor Luis?

UIS. (*levantándose.*) Estaba escribiendo en el bufete de su papá de usted... y ahora me retiro para no incomodarla.

NR. Nada de eso... al contrario, deseaba hablar con usted á solas.

UIS. (*aparte y temeroso.*) Dios mio!

NR. Ya que se me ofrece esta ocasion, no quiero desperdiciarla. Dígame usted, ha sufrido acaso mi padre alguna pérdida de consideracion? Los negocios de la casa no van como él desea?

LUIS. Todo lo contrario, señorita! La fortuna le sonríe mas cada dia, y amado y respetado de todo el mundo, es al mismo tiempo el comerciante mas rico, no solo de la Coruña, sino tal vez de España: ya vé usted que siendo yo su cajero, y el primer dependiente de la casa, puedo hablar sobre el particular con conocimiento de causa.

ENR. Lo sé, Luis; y tampoco ignoro que á pesar de ser usted tan jóven, mi padre tiene depositada en usted toda su confianza. Esta es la razon por qué le he hecho á usted las preguntas, á que me ha dado una contestacion tan satisfactoria. Sin embargo, me alarma mucho el ver la tristeza de mi papá, que como usted sabe, es la bondad misma con respecto à mí! Puedo decir que jamás le he visto triste sino cuando he estado enferma, ó cuando no ha podido acceder á algun capricho ó deseo que yo le hubiese manifestado.

LUIS. (*con viveza.*) Es cierto! es cierto! Pero en cambio jamás ha habido padre que tuviese una hija mas atenta, mas solícita en complacerle... mas adorable.

ENR. (*indicándole que calle.*) No hablemos de eso: tengo un gusto particular en obrar asi, y ademas es deber mio el hacerlo. Cuando tanto se inquieta mi padre por mí, bien puedo yo á mi turno inquietarme por él. No sé qué es lo que le atormenta hace dos dias... Esa carta que recibió antes de ayer delante de mí, produjo en él una sensacion horrorosa. Le ha dicho á usted lo que contenia?

LUIS. No. Lo único que sé es, que cuando usted se fué volvió á leerla, y en seguida la arrojó al fuego con rabia.

ENR. He observado tambien que hace el mismo tiempo gusta de quedarse solo en ese gabinete: sabe usted acaso por qué lo hace?

LUIS. Ayer entré aqui de puntillas por no estorbarle, y ví que, sentado en su gran sillon, estaba leyendo un librito, que sin duda le di-

vertia ó le interesaba mucho, porque á cada momento interrumpia su lectura para esclamar: bravo!... muy bien!.... lo que aqui dice es la pura verdad!

ENR. (*yendo al velador.*) Es este el librito?

LUIS. El mismo.

ENR. (*leyendo.*) *Cuadros de familia.* (*tira el libro sobre el velador.*) Sin duda habrá en él alguna idea que le recordaria á su hija..... Es su único pensamiento!

LUIS. Todo el resto del dia ha fijado una sola cosa su atencion.

ENR. Y qué cosa era esa?

LUIS. El baile á donde debian ustedes asistir por la noche; y como puede decirse que era la primera vez que se presentaba usted en el gran mundo, deseaba con ardor que brillase usted sobre todas las demas.

ENR. Qué bondad!

LUIS. En efecto, estaba usted hechicera: la ví al momento de marcharse, y me pareció usted una deidad... Asi es, que segun he oido, llamó usted la atencion de todos los concurrentes.

ENR. Nada tiene de particular... estaba tan gozosa... tengo una pasion tan decidida por el baile... Si consistirá en esto el enfado de mi padre?

LUIS. Todo lo contrario: nada puede darle mayor gusto que el ver que admiran la belleza de su hija. (*dudoso.*) Y sin duda que lo único que le desvela es el hallar para ella un brillante partido!

ENR. (*con frialdad.*) Jamás me ha hablado de ello.

LUIS. (*con la misma frialdad.*) Adivino sus penas: nunca encontrará uno que sea digno de usted; y quizá... quizá esta idea es la que ahora le atormenta.

ENR. (*con la misma frialdad.*) Puede ser! Hay personas que tienen una ambicion desmedida sobre ciertos puntos, y otras que sobre ninguno tienen la suficiente. Usted, Luis, es del número de las últimas.

LUIS. Yo, señorita?

ENR. Sí señor. A mí me parece que debia usted pensar un poco mas en sus intereses.... en su porvenir... Ademas, usted nunca sale de casa.... trabaja usted sin descanso.... Todos nuestros amigos dicen que está usted muy desmejorado: no es estraño! Anoche mismo eran ya las tres de la madrugada, y aun estaba usted trabajando: esto no puede ser bueno de ningun modo.

LUIS. Como su padre de usted habia salido para acompañarla al baile.... no me hubiera sido posible dormir sin que ustedes estuviesen de vuelta. (*con ardor.*) Porque mire usted, señorita: para mí.... (*deteniendose de lo que iba á decir*) su padre de usted ante todas las cosas....

ENR. (*con turbacion.*) Estoy muy agradecida al afecto que usted le profesa.

LUIS. Es usted muy bondadosa, señorita!

ENR. Aqui está mi padre.

LUIS. (*ap.*) Tanto mejor. Ah!

ESCENA II.

ENRIQUETA, D. BONIFACIO, LUIS.

BON. (*saliendo por la puerta de la izquierda, con varios papeles, y hablando desde el umbral de la puerta con los de adentro.*) Y qué tengo yo que ver con eso? Diríjanse ustedes á mi cajero Luis, para ese dinero que dicen que han de entregar, lo mismo que para revisar esas otras cuentas. (*reparando en él.*) Hola! estás ahí? Todo el mundo pregunta por tí, y ya se sabe que en no hallándote, no nos entendemos en casa.

ENR. Con que es usted tan preciso, señor Luis?

BON. Dí que es indispensable; es el modelo de los cajeros. Tan avaro cuando se trata de mi dinero, que es capaz de armar una disputa por valor de dos cuartos... Te aseguro que ya es económico en demasía.

LUIS. Y usted demasiado generoso.

ENR. De ese modo, una cosa compensa la otra.

BON. Ademas, no hay en la Coruña un comerciante mas diestro ni mas inteligente.... Como que es enteramente hechura mia!... Cada vez que pienso en que fuiste tú quien me lo proporcionó hace al rededor de quince años (*volviendose hàcia Luis*)... porque al fin, si no hubiese sido por ella...

ENR. (*queriendo impedir á su padre que prosiga.*) Por Dios, papá!

BON. No te dé cuidado! Luis tiene tanto gusto en oir esta historia, como tengo yo en contarla. Luego si uno no hablase de vez en cuando de lo que le ha sucedido en este mundo, llegaria por fin á olvidarlo completamente. Me parece que estoy ahora mismo en el camino real, solo contigo en nuestro coche, y aun te veo sentadita en mis rodillas, comiendo cerezas; ya se vé... como que entonces no tenias mas que cuatro años! Tambien me figuro ver todavía á un pobrecito muy andrajoso, que parecia muerto de hambre.... Ese eras tú!...

ENR. Papá! papá!

BON. La pides una limosna, y echas á correr siguiendo el coche. Ella empieza por arrojarte el cestito que estaba casi lleno de cerezas y en seguida se pone á gritar para decirme que quiere que subas al coche con nosotros. Con gana ó sin ella tuve que ceder á su capricho, y héte aqui instalado á nuestro lado por la suprema voluntad de mi Enriqueta que aunque de tan corta edad, ya empezaba desde entonces á dar á conocer que no carecia de esta potencia del alma.

ENR. Y ya desde entonces empezaba usted á condescender con todos los deseos de aquella potencia.

Luis. Aun queda algo que añadir para terminar la historia, y es, que el huérfano que imploraba la compasion de Enriqueta, no olvidará jamás que desde aquel dia no le ha abandonado usted, y que le ha hecho educar como si fuera su hijo.

Bon. (*con impaciencia.*) Basta! basta! Eso no pertenece ya á la historia del camino real.... Ahora estás haciendo falta en la caja.... en el escritorio.... Toma, llévate todos esos papeles (*le dá los que tiene en la mano*): hallarás entre ellos dos ó tres negocios, que el mismo diablo no es capaz de desenredarlos.

Luis. Pues yo voy á tratar de hacerlo.

Enr. (*á Luis, que vá á salir.*) Quiere usted hacerme el favor de decir que traigan el almuerzo á mi padre?

Bon. Sí, sí; algo que se pegue al riñon: un pollito... unas chuletas de ternera... unas magritas....

Enr. Eso es imposible; ya sabe usted que el médico ha mandado que no almuerce usted sino chocolate, ó todo lo mas, té con leche: yo soy inflexible sobre el particular, y conozco que conviene serlo.

Bon. Me propones dos cosas para almorzar, que son escelentes para lavarse uno las tripas.

Enr. Sin embargo, es preciso escojer entre las dos.

Bon. Mal por mal, que traigan el té con cien santos! Pero con la correspondiente escolta de tostadas, como se supone.

ESCENA III.

Enriqueta *y* D. Bonifacio.

Enr. Qué bien hizo usted en obedecerme cuando le propuse que recibiese á Luis en casa; fué una escelente idea la que usted tuvo entonces en acceder.

Bon. La idea de obedecerte es muy comun en mí.

Enr. Si me atreviese, aun le propondria otra.

Bon. Con respecto á tí?

Enr. No señor: con respecto á él.

Bon. Pues qué le falta? ¿No es ya mi primer dependiente hace mucho tiempo?

Enr. Es cierto! Ya hace dias que con su celo y con un trabajo asíduo aumenta nuestro caudal... y justamente esa es la razon por la que convendria tal vez pensar en aumentar el suyo.

Bon. (*admirado.*) Eh?

Enr. Sí señor: él nada tiene en fin! Y si usted le prestase una cantidad decente, podria trabajar para sí, llegar á ser un banquero rico, y entonces se hallaria en el caso de aspirar á todo lo que quisiese.

Bon. Pero para eso era preciso que se separase de nosotros! Escucha.... Esa proposicion que acabas de hacerme, viene de él ó de tí?

Enr. Ni siquiera puede imaginársela: esta idea sale solamente de mí, y nadie la sabe sino yo.

Bon. Y eres tú quien le destierra, quien le echa de la casa!

Enr. Es tan solo por su interés, padre mio!

Bon. Y qué haria yo entonces? ¿No sabes que es el dependiente de toda mi confianza... mi amigo... mi confidente... el único con quien hablo de tí todo el dia! A los otros les fastidiaria semejante conversacion; pero él tiene en ella tanto placer como yo. Es muy natural; se ha criado contigo, y es un hijo de la casa. Mira, cuando estuviste tan mala el año pasado, el pobre sufria tanto como yo: siempre estaba en la escalera, ó en la puerta de tu cuarto, espiando la salida del médico. Con solo mirarnos, nos comunicábamos nuestros temores ó nuestras esperanzas: un apreton de mano, era suficiente para que nos entendiésemos, sin hablar una palabra. Si se le ocurria tener precision de salir de casa, cuidaba de que nunca me quedase solo: quieres que yo olvide todo esto, y que renuncie á semejante tesoro?

Enr. (*conmovida.*) No, no, padre mio! Lo único que yo apetecia era el proporcionarle una suerte independiente; pero me tranquilizo sobre este particular, conociendo las buenas disposiciones de usted con respecto á él. Perdone usted esta especie de reconvencion que le he hecho con mi propuesta.

Bon. Nada hay que perdonar aqui: es verdad que yo mismo debia haber pensado en lo que me has propuesto; pero la amistad que le profeso es la que tiene la culpa, pues siendo yo rico, he creido que era lo mismo que si él lo fuese, pues todo cuanto poseo es tan suyo como mio. Por consiguiente, dile que tome de mi caudal lo que le dé la gana... arreglaos como querais vosotros dos.... Todo es tuyo; señálale tú misma los honorarios que él quiera.

Enr. (*bajando la vista.*) Es que quizá... los honorarios que él quisiera...

Bon. Y bien! qué?

Enr. En fin, papá; yo lo arreglaré del mejor modo que pueda.

Bon. Enhorabuena! Ya hemos hablado bastante de negocios... Ahora, déjame que te contemple un rato á mi placer... Qué diablo! Ayer en el baile eras de todos! Ahora me toca á mí el turno de que seas solo mia.!...

Enr. Asi es! Pero es preciso que convenga usted en que un baile es una cosa muy hermosa.

Bon. Menos para los padres!

Enr. Vaya, que tambien los padres tienen sus ciertos goces en estas funciones.

Bon. Desde luego tienen el de estarse de pié derecho, detrás de todo el mundo, siendo un milagro si alguna vez llegan á ver sus hijas, y aun entonces de refilon... Si quise sentar-

721054

me, no tuve mas remedio que ponerme á jugar al tresillo á la friolera de duro el tanto: con todo, debo confesar que jugando tuve un rato muy placentero.

ENR. Hola! Estuvo usted de suerte?

BON. No es eso. Detrás de mí habia unos cuantos caballeros, y oí que uno de ellos preguntaba á los demas: quién es esa jóven tan preciosa que lleva una diadema de perlas, y que tiene un aspecto tan modesto?...—Es la hija de don Bonifacio Lopez, le respondieron; de aquel comerciante tan rico.—De todos sus tesoros, dijo otro, ninguno es comparable con éste.....—Chit! Callen ustedes, que puede oirnos, pues está en esta mesa jugando al tresillo.... En efecto, ni una palabra se me escapó de esta conversacion; y distraido y lleno de gozo al escucharla, solia pasar con cuatro estuches á palo corto, ó bien entraba á paso largo con solo uno y un par de triunfos pequeños. Este rato fué el único bueno que tuve en el baile.

ENR. Por eso quiso usted que nos retirásemos tan temprano.

BON. Tempranito! A las tres de la mañana.

ENR. Sí, pero yo hubiera permanecido alli un poco mas... Es la primera cosa que me ha negado usted en toda mi vida.

BON. (*bruscamente.*) Porque se trataba de tu salud!.. Cuidado con no haber perdido un wals ni una polka!... (*receloso.*) Y quién era aquel caballero... ya sabes quién digo... el de los bigotitos rubios... que llevaba la cruz de San Fernando, y que te sacó siempre á bailar?

ENR. Siempre!.. tres veces nada mas!...

BON. Pues yo creí que no habian sido sino dos.

ENR. Tres, una polka, y dos walses... Qué perfectamente baila el wals de dos partes!

BON. Hola! con que baila bien! Y quién es...

ENR. El coronel Zayas.

BON. (*con viveza.*) El coronel Zayas!

ENR. (*sobresaltada.*) ¿Qué tiene usted, papá.

BON. (*serenándose.*) Nada... ¿Estas cierta de que era él?

ENR. Sí señor... y fué uno de los dos que nos acompañaron hasta la carretela. (*Entra un criado con el té.*)

BON. Puede ser!... no lo reparé... Ya se ve, toda la noche estuve rodeado de jóvenes que me prodigaron mil atenciones, y me atestaron de dulces y de sorbetes!

ENR. (*volviendose.*) Ya está aqui el almuerzo.

BON. Escelente noticia.

ENR. (*mirando sobre la mesa.*) Tambien están aqui las cartas y los periódicos...

BON. Eso para despues... Ahora lo primero es almorzar.

ENR. (*se sientan los dos.*) Eso me parece muy bien pensado, porque á veces se reciben noticias que le quitan á uno el apetito... Dígalo sino usted mismo, cuando recibió ayer aquella carta que tanto le incomodó.

BON. A mí...

ENR. Ya se acordará usted que yo estaba presente. (*poniendole la taza delante en el mismo momento en que hace un movimiento de impaciencia.*) Cuidado!... que vá usted á verter el té. (*poniendo manteca en las tostadas.*) Aun no le he preguntado á usted lo que contenia la tal carta...

BON. Has hecho bien.

ENR. Como estaba cierta de que usted me lo diria...

BON. Yo?

ENR. Es usted siempre tan complaciente conmigo!... y hace usted bien... lo peor que puede hacer un padre, es disgustar á su hija.

BON. Tú lo crees así?

ENR. Sí señor.

BON. Pues bien, esa carta era de mi hermana la de Madrid.

ENR. (*con descuido y continuando en arreglar las tostadas.*) ¿Y por qué le ha incomodado á usted tanto esa carta de mi tia Dolores?...

BON. (*con viveza.*) Por qué? Porque anda ya hace dos años tras de que te envie á Madrid á pasar con ella algunos meses...

ENR. Y casi es una obligacion el hacer este viage!

BON. Que yo he eludido hasta ahora! Pero este año... este año no sé qué escusa dar que sea fundada... y esto es lo que me atormenta.

ENR. (*dudosa.*) De veras?,.. Pues bien, padre mio, tranquilícese usted, yo escribiré á mi tia, y buscaré un medio para no separarme de usted.

BON. (*con ardor.*) Ah! eso es lo que yo quiero... eso es lo único que deseo... por tí... A pesar de mis inmensas riquezas, á pesar de lo feliz que todos me consideran, únicamente lo soy estando á tu lado! De todos mis tesoros solo á tí, que eres el mejor de ellos, es al que tengo apego... de este tesoro soy avaro, y como tal, siempre tengo miedo de que me lo roben.

ENR. Es posible! ¿Y quién le infunde á usted esos temores? Tenemos acaso algunos enemigos?...

BON. (*impaciente y murmurando entre dientes.*) No temo á los enemigos, al contrario, los que me infunden temor son los...

ENR. (*interrumpiendole.*) Pues por qué?

BON. (*desentendiendose.*) Ahora léeme, si quieres, las cartas y los periódicos. Ya te escucho.

ENR. (*tomando una carta en tanto que su padre bebe el té.*) Empezemos por esta carta.

BON. Qué dice?

ENR. (*despues de haberla leido para sí.*) Es suplicando que se suscriba usted á una obra titulada *Cuadros de familia*, de la que segun parece ha recibido usted la primera entrega.

BON. (*con viveza.*) Aqui la tengo!... es una obra escelente... admirable... Su autor debe de ser sin duda uno de los príncipes de nuestra literatura: ¿cómo se llama?

ENR. Obregon.
BON. Mucho siento que un hombre asi tenga un apellido tan feo.
ENR. Obregon, maestro de primeras letras, calle del Orzan, cuarto cuarto.
BON. Parece increible!
ENR. El qué?
BON. Que el mérito habite en un paraje tan alto. De todos modos me suscribo por cincuenta ejemplares, y dí á Adrian que le envie su importe en mi nombre: aunque no sepa que hacer de ellos, á lo menos que se diga que hay un español que proteje la literatura nacional.
ENR. Muy bien, padre mio! Con que es tan buena la obra?...
BON. Ya te he dicho que era sublime: hay en ella algun pasaje tan natural, que al leerle me parecia que era yo quien lo habia escrito... Y eso que yo nunca me he dedicado á tareas literarias, lo que, francamente hablando, no ha dejado de ser una felicidad para la literatura. Prosigue: á ver de quien es esa cartita tan elegante?
ENR. (*abriéndola.*) «Señor Don Bonifacio Lopez.=Muy señor mio: Valido de la distincion con que me honra su señora hermana Doña Dolores, no hallará usted estraño que me atreva á»...
BON. (*arrancándola la carta.*) Basta! Basta! (*ap. y mirando la firma.*) El coronel Zayas, de quien acaba de hablarme ahora mismo. Y las otras... (*cogiendo todas las cartas que están por leer de encima de la mesa.*) Tal vez traten tambien del mismo asunto. (*se levanta.*)
ENR. Qué es lo que usted tiene?
BON. Nada... no tengo nada!... (*ap.*) De hoy en adelante tengo que desconfiar de todo el mundo. (*Entra el criado, y se lleva el servicio del té.*)
ENR. Y no acaba usted de almorzar?
BON. No tengo mas gana!... (*ap. leyendo la carta del Coronel.*) Dice que vendrá á verme hoy á las doce (*dan las doce*): ya dan... cómo dejo de recibirle? Imposible... Por otra parte, tampoco puedo prescindir... y casualmente delante de mi hija... Voy á la sala á recibirle... A Dios, hija mia.
ENR. Por Dios, papá, esplíqueme usted de donde proviene esa agitacion!
BON. Agitacion! Yo no sé en que la conoces... Estoy tranquilo... paseándome... sereno...
ENR. Esa serenidad me asusta! A usted le sucede alguna cosa estraordinaria,
BON. Nada (*esforzándose por reir*): si estoy contento. (*ap.*) Esta visita tan intempestiva me horroriza.
ENR. Papá, yo voy con usted, yo no le dejo solo en el estado en que usted se encuentra.
BON. Quiere venirse conmigo! qué martirio! (*ap. alto.*) Señorita, yo la prohibo á usted que me siga.
ENR. Apenas puedo creer lo que veo, no puedo entender cómo...
BON. Es muy sencillo: usted debe obedecerme, y yo la mando que se quede usted aquí. (*Vase por la puerta del fondo.*)

ESCENA IV.

ENRIQUETA, *sola.*

La prohibo á usted que me siga... la mando á usted que se quede aquí!... Es la primera vez que le veo usar de este tono conmigo... Es preciso que tenga algun disgusto muy grave para prescindir de su carácter en estos términos... Cuál puede ser éste, Dios mio? (*se sienta al lado del velador.*) Yo, que quisiera que nada le contrariase, ni aun en lo mas mínimo, no sabre descubrir la causa de su afliccion? (*mira el libro que está sobre la mesa, y dá un grito.*) Ah! este libro en que segun decia esta mañana están copiados sus pensamientos... Si pudiese descubrir por él cuál es el que ahora le preocupa... ó á lo menos adivinarlo... (*coge el libro y le abre.*) Veamos! Las hojas están abiertas hasta aqui... (*sacando el cuchillo de marfil que está en el libro.*) Aqui es donde se ha quedado. (*lee.*) «Cuando una jóven se casa, puede decirse que es perdida para su padre... El amor conyugal... la felicidad doméstica... la ternura para con sus hijos son otros tantos sentimientos nuevos para ella, pero mucho mas vivos que los que produce el amor filial. El pobre padre, ó es olvidado enteramente, ó á lo menos ocupa un lugar muy secundario en el corazon de su hija.» Dios mio! me parece que aqui le ha saltado una lágrima cuando lo leía... Aun se conoce! Si será este el secreto que me oculta, y que no se ha atrevido á confesarme!... Llegará su amor á tanto, que tenga zelos de cualquier otro? No, no es posible! Sin duda que me equivoco.

ESCENA V.

ENRIQUETA y LUIS.

LUIS. (*entrando.*) Ah, señorita!
ERN. (*volviéndose.*) Pero que es lo que usted tiene? Está usted pálido como un difunto!...
LUIS. Yo lo creo... Si supiese usted el motivo? Me hallaba en mi despacho, que como usted sabe está inmediato á la sala, cuando de repente oigo gritar á su papá de usted; pero estaba furioso. Como esto era enteramente nuevo para mí, me he puesto á escuchar... quizá he hecho mal.
ENR. De ningun modo: hay ciertos casos en que es un deber...
LUIS. No es verdad?... Pues bien, oí que decia: «No señor, señor Coronel.» Por lo que conocí que la disputa era con un militar.

ENR. Con un militar! A su edad!

LUIS. (*inquieto.*) No es eso lo peor, sino que he deducido por su conversacion, que el coronel Zayas, autorizado y protejido por su tia de usted...

ENR. (*con viveza.*) Eso es... precisamente lo que ahora mismo... concluya usted...

LUIS. Dios mio! que turbacion!...

ÉNR. No importa!... prosiga usted por Dios!

LUIS. Pues bien, señorita, el Coronel habia venido á pedir... su mano de usted!..

ENR. (*con viveza.*) Ya no hay duda. (*con inquietud.*) Y dice usted que mi padre se la ha negado?

LUIS. (*observándola con emocion.*) No... tranquilícese usted, señorita. No le ha dado una negativa, pero le ha respondido con una impaciencia, con una sequedad, que eran muy naturales. «Cree usted, señor Coronel, le ha dicho, que asi se casa una hija de la noche á la mañana, sin conocer al que se ha de tener como un hijo... sin saber sus costumbres, su carácter?.. En esto tiene razon su papá de usted, y yo soy de la misma opinion que él; porque, en fin, hay tantos coroneles que no tienen mas mérito que el de llevar tres galones...

ENR. (*con viveza.*) Ahora no se trata de eso, sino de mi padre. Con que se ha enfadado tanto?

LUIS. Aun ha sido demasiado bueno. Yo en su lugar...

ENR. Yo no hablo de usted, Luis, sino de él. Sepamos cómo se ha terminado el negocio.

LUIS. El negocio ha concluido por decir el Coronel á su papá de usted: «Con que á pesar de que su hermana de usted, que me conoce y me aprecia, me ha recomendado, usted me rehusa la mano de su hija?—Yo no he dicho tal, ha respondido su papá de usted, con una ira que iba siempre en aumento: lo que he dicho es, que lo veré, que me informaré. Pero necesito tiempo, mucho tiempo: antes es preciso que yo hable de ello á mi hija.

ENR. A mí?

LUIS. (*esforzándose por reir*) A usted, señorita, y si no hay otro inconveniente...

ENR. Bien, basta! Déjeme usted sola.

LUIS. A dios, señorita. (*ap.*) Todo lo he perdido. (*sale por la puerta del fondo.*)

ESCENA VI.

D. BONIFACIO (*entra por la puerta de la derecha*: ENRIQUETA *está cerca de la del fondo en un rincon.*)

BON. Estaba seguro... No tan solo el Coronel, sino estas dos cartas tambien son dos peticiones, sobre el mismo asunto. Y luego dirán que lleve uno sus hijas al baile!

ENR. (*examinándole de lejos.*) Qué ajitado está!

BON. (*al mismo tiempo que sigue hablando, va á sentarse al lado de la mesita de la derecha.*) Pues aun no serán estas las últimas... Todos aquellos jóvenes que anoche me rodeaban, no era á mí á quien hacian la corte, sino á mi hija... De aqui los sorbetes... los cumplidos... los vasos de ponche... los... qué se yo?... Y yo tan tonto que se lo agradecia!... Estoy sitiado! Hasta mi hermana se ha declarado la protectora del Coronel, y me escribe desde Madrid, diciéndome que ya es tiempo de casar á Enriqueta, porque tiene diez y ocho años!.. Me gusta la razon! ¿Con que porque hace diez años que velo constantemente sobre mi hija, y que no vivo sino para ella, es preciso abandonarla ahora sin mas ni mas... y entregarla á un desconocido, á un sugeto que apenas he visto... ni ella tampoco... á un hombre, á un enemigo que se llama yerno..... y á quien ella querrá tal vez mas que á mí, desde el primer dia que estén unidos...! Ah! nunca! nunca! Este libro tiene mucha razon. (*Volviéndose y viendo á Enriqueta que se ha ido aproximando poco á poco, sin meter ruido.*) Hija mia! (*queriendo sonreirse.*) Hola! estabas aquí?...

ENR. Acabo de entrar, papá.

BON. (*con risa forzada.*) Tanto mejor, porque tengo que darte una noticia, que te hará reir tanto como á mí, y que no puedes tú figurártela... Ah! ah! ah! ah! Sabes que acaban de pedirme tu mano?... Qué tal? ¿qué te parece de esto?...

ENR. (*con frialdad.*) Que no pienso en casarme, papá.

BON. De veras?...

ENR. Es mi suerte tan dichosa á su lado de usted, que no tengo ganas de cambiarla por otra, sea cual fuere.

BON. (*abrazàndola.*) Hija mia!... mi querida hija!... (*deteniéndose.*) Sin embargo, permíteme que te diga... (no es por obligarte) pero ello tiene que llegar un dia en que será preciso pensar... Ahí tienes mi hermana... y aun algu nos amigos tambien, que dicen que yo no quiero que te cases... Yo, que en este momento tengo tres aspirantes á tu mano... y que iba á pedirte ahora que elijieses entre los tres... pero si tú no quieres...

ENR. Yo... á no ser que...

BON. Cómo! Qué quieres decir con eso?

ENR. A no ser que usted mismo lo quisiese..... que lo exigiese usted de mí...

BON. Yo solo lo desearia en el caso de que tú prefirieses alguno de ellos... ó que tuvieses alguna otra idea.

ENR. (*con viveza.*) Dios mio! será posible!

BON. (*con viveza.*) Con que lo he adivinado?... Tú me lo has ocultado! Ya no tienes confianza en mí! Y hay alguno á quien prefieres!

ENR. (*cogiéndole la mano.*) Sí, papá; hay uno á quien amo mas que á mi vida, y ese es usted.

BON. Ah! esa palabra me desarma, y me costa-

ria poco el pedirte perdon.

ENR. Y de qué?

BON. De un primer movimiento, de una debilidad involuntaria.... No importa, yo te buscaré un marido, un marido que sea digno de tí. Aun cuando no le ames con delirio, nada perderás en ello. Un afecto tranquilo y racional; he ahí lo que conviene en un matrimonio: esas grandes pasiones, esos amores *exagerados*, siempre acaban mal. Esta es la razon por qué yo temo los casamientos puramente de inclinacion. Asi, vive tranquila, que yo prometo arreglarlo de modo que la eleccion sea buena: hasta entonces permanecerás á mi lado, y yo procuraré hacerte feliz. Cuáles son los privilegios de una muger casada? Tener una casa bien puesta, muchos criados, muchos vestidos, gran cantidad de brillantes.... Tú lo tendrás todo esto; ó por mejor decir, todos mis tesoros son tuyos desde ahora; porque yo, para quién los he ganado sino para tí? Asi, hija mia, haz lo que quieras: gasta, manda en gefe á todo el mundo, empezando por mí, que me tendré por muy dichoso en obedecerte.

ENR. No, papá de mi alma, no! Usted solo es el que ha de cuidar de mi porvenir; usted el único que puede hacer mi felicidad. Cuanto usted disponga, será una ley para mí, y la posicion mas de mi gusto será aquella que usted mismo me haya elegido (*se va por la puerta de la izquierda.*)

ESCENA VII.

D. BONIFACIO (*solo, muy contento.*)

Elegirle esposo yo mismo! hija de mi alma!.... Todo lo deja en mis manos! Oh! eso sí, la casaré, aun cuando no fuese sino para hacer ver á mi hermana que todas sus reconvenciones son infundadas. La dificultad está en hallar uno que la convenga á ella... Yo mi..... Pero ya que, gracias á Dios, á nadie quiere, tiempo tenemos.

ESCENA VIII.

D. BONIFACIO *y* LUIS.

BON. (*con semblante risueño.*) Mucho me alegro de que vengas, mi querido Luis! Tengo gran necesidad de consejo, amigo mio.

LUIS. Usted!

BON. Sí, hombre, yo! Soy muy desgraciado, y me hallo en una posicion delicada.

LUIS. Pues no se le conoce á usted en el semblante.

BON. Sin embargo, es la pura verdad... Tres partidos se presentan para mi hija... tres de un golpe!

LUIS. (*ap.*) Cielos!

BON. Primero, el coronel Zayas, recomendado por mi hermana. Segundo, el hijo del intendente, á quien le recomienda su padre. Tercero, un diputado jóven, sobrino del ministro, que se recomienda él mismo... Tres pretensiones recibidas esta mañana á un mismo tiempo.

LUIS. Y es eso lo que le aflije á usted?

BON. Sobre todo, cuando mi hija deja enteramente en mis manos el derecho de elegir la eleccion; en tal caso es muy dificil.... muy comprometida. Ya verás como en último resultado concluyo por no casar á la niña!

LUIS. (*con viveza.*) Eso piensa usted hacer?

BON. Y qué quieres que haga? Los tres partidos son á cual mejor; yo no hallo razon para preferir uno de ellos, y hacerme con esta preferencia dos enemigos.... Si mi Enriqueta me ayudase... Si se inclinase á alguno de los tres... qué mas podia yo apetecer? Pero no señor, ella deja que toda la responsabilidad caiga sobre mí... no quiere á uno mas que á otro.

LUIS. Me parece que se equivoca usted.

BON. Qué quieres decir?

LUIS. Obraria mal si le ocultase á usted lo que sé.... ó á lo menos lo que me parece haber observado. Sí señor; esta mañana aun me recordaba usted que su hija habia sido mi principal bienhechora.... que nada seria sin ella.... Pues bien, su felicidad es antes que todo.

BON. (*bruscamente.*) Al caso!

LUIS. (*queriendo ocultar su turbacion.*) Tranquilícese usted. Su mision será menos dificil de lo que usted piensa. La señorita Enriqueta quiere á alguno.

BON. (*colérico.*) Y á quién? Al diputado jóven?

LUIS. No señor.

BON. Al hijo del intendente? Siempre me lo habia figurado!

LUIS. Tampoco.

BON. Al Coronel!! Eso ya lo sabia yo! Pero á ti, quién te lo ha dicho? Qué motivos tienes para creerlo?

LUIS. Cuando la he dicho hace poco que el señor de Zayas habia venido á pedírsela á usted, si hubiese usted visto su turbacion...,! lo agitada que estaba...! Bien se conocia el miedo que tenia de que usted se la negase!

BON. Y no decirme nada!

LUIS. (*acalorado.*) Ni á mí tampoco! Pero era muy fácil de adivinar lo que pasaba en su interior; estaba pálida, trémula; ví el momento en que se desmayaba....

BON. Y no haber yo sospechado siquiera!

LUIS. (*con ímpetu.*) Usted, al cabo! Pero yo!... (*conteniéndose*) Yo, que haria cualquier sacrificio por evitar á usted un disgusto!...

BON. (*cogiéndole la mano.*) Gracias, amigo mio, gracias; pero de dónde la conoce ese Coronel? En dónde se han visto?

LUIS. En el baile de anoche.

Bon. Cómo! Con que porque ese hombre es elegante, porque ha walsado con ella dos veces!....

Luis. Eso es terrible!

Bon. Es horroroso!

Luis. Yo no puedo volver de mi sorpresa.

Bon. Ni yo tampoco. Lleven ustedes las hijas á los bailes!... Estas son las consecuencias! (*sube á lo largo del escenario.*)

Luis. (*bajando por la derecha.*) Es claro! (*volviéndose.*) Pero al cabo el mal no es grande. Usted deseaba tener un yerno á quien ella amase....

Bon. No digo lo contrario.

Luis. No, pero se pone usted furioso.

Bon. Furioso... porque anda con esos misterios; furioso.... porque tiene secretos para su padre, sin contar con que si ha tenido reparo en manifestarme á quien daba la preferencia, es porque tiene razones para hacerlo. No ves tú que ella conoce, lo mismo que nosotros, que ese Coronel no es mas que un seductor.... un hombre que valido de su elegancia, no piensa sino en hacer cada dia nuevas conquistas?

Luis. De veras?

Bon. Todas las señoritas de la Coruña están locas, perdidas por él, y Enriqueta es ya una de tantas. Será desgraciada! Adorará á un marido indigno de ella! Y á su pobre padre... á tí, que eres su amigo, nos olvidará á los dos!.... Escucha, Luis, es menester que la veas... que la hables.... y ya que se ha confiado á tí....

Luis. Pero si ella nada me ha dicho.

Bon. No importa; lo que tú la digas no puede serle tan sospechoso como lo que yo la diria. Si yo la hablo, creerá que cuanto yo la digo es porque tengo ódio al Coronel. A tí te está mejor el insinuarla con cierta finura todo lo malo que sabes de él.

Luis. Es que yo nada sé.

Bon. (*con impaciencia.*) Vaya un escrúpulo! Quieres tú que siendo un militar!... Por mucho que la digas sobre el particular, no pecarás contra el octavo mandamiento. En su profesion, y á la edad que tiene!... Vaya, vaya!.... Luego tú eres el único que puede reducirla á la razon. Se ha criado contigo; te mira y te quiere como á un hermano.... Hazme el favor de ir ahora mismo.

Luis. No puedo: ahora habia venido á decirle á usted que una novedad inesperada y muy cruel para mí....

Bon. (*mirándole.*) En efecto, no habia notado lo desencajado de tu semblante.

Luis. No es nada; pero como he dicho, he recibido una noticia tan desagradable, que me obliga á marchar inmediatamente á Madrid.

Bon. Si es asi, vete; pero vuelve cuanto antes, porque ya ves que yo no puedo quedarme sin tí por mucho tiempo.

Luis. Aunque muy á pesar mio, vengo á entregar á usted las llaves de la caja; pero no hay remedio, padre y bienhechor mio! debo decir á usted un eterno á Dios!

Bon. (*cogiendole por la mano.*) Què es lo que dices! Tú, con quien habia contado siempre; tú, á quien miraba como mi único apoyo, me abandonas en el momento en que todo conspira contra mí? (*presentándole las llaves de la caja.*) Necesitas dinero? Toma el que te acomode.... partámoslo todo. (*mirándole.*) Tienes algun disgusto? (*abriendole los brazos.*) Pártelo conmigo igualmente.

Luis (*desviándose, pero enternecido.*) Ah! (*conteniéndose.*) No.... no.... es imposible.... A Dios para siempre!....

Bon. (*viéndole marchar.*) Tienes razon, vete... sal de mi presencia.... Tú tampoco eres mas que un ingrato!

Luis (*volviéndo atrás.*) Ingrato yo! Ah, jamàs! Porque he jurado ser reconocido; porque os amo y respeto... por no ser un ingrato.... es por lo que abandono esta casa. Sepa ustad que amo á Enriqueta... que la adoro!...

Bon. Tú?

Luis. Yo, sí señor! La amo con delirio.... Es forzoso que me vaya, ya que no puedo dominar mi pasion. Mi amor es una ofensa que hago á mi bienhechor, que jamás puede aprobarle.

Bon. Y por qué no?

Luis. Cómo?

Bon. Qué era yo cuando empecé á prosperar? Acaso un noble, ó un gran señor? No! Yo no era sino un dependiente como lo eres tú ahora. Lo que me sacó adelante, fué mi resolucion, mi inteligencia y mi probidad... Tú reunes estas tres cosas; por consiguiente, nuestras dos casas pueden marchar á la par; y como este casamiento no dependiese mas que de mí....

Luis. (*dando un grito.*) Seria posible?

Bon. Sin duda; y á no ser por esa pícara pasion, que hará su desgracia y la mia, yo te diria desde este mismo momento: «vengan esos cinco, hijo mio!»

Luis. Ah! cómo podré pagar á usted! Pero por desgracia ella no me ama!

Bon. Demasiado lo sé! Sin embargo, debes probar; á tí te toca, ese negocio es tuyo..... tuyo esclusivamente! Trata de hacerla olvidar á su Coronel.

Luis. (*con calor.*) Y si llegase á conseguirlo.... consentiria usted.....

Bon. (*turbado.*) Ciertamente!.... veriamos!.... entretanto yo te ayudaré cen mis consejos, con mi proteccion.

Luis. (*reconocido.*) Ah Señor! Tanta bondad!

Bon. Calla! Ya está aqui.

ESCENA IX.

Enriqueta, D. Bonifacio, Luis.

Bon. Hija mia, desde que nos hemos separado

hace poco, he pesado con madurez las ventajas y los inconvenientes de todos los partidos que te se presentan: es preciso que te cases, yo lo exijo, lo quiero... Sin embargo, aunque me hayas dejado el derecho de elegir, aunque esté yo decidido por alguno..... nada se hará sin contar con tu voluntad.

ENR. Pues dígame usted la suya.

BON. (*apurado.*) La mia... lo que es la mia... te diré... francamente que es, el no hacer demasiado caso de los bienes de fortuna del que ha de ser tu esposo. Por eso, y porque de este paso depende la felicidad de toda tu vida; he pensado en un sugeto bonrado... en quien tengo la mayor confianza, y á quien siempre llamaré hijo... aun cuando tú no lo elijas por marido.

ENR. (*temblando de emocion.*) Y quién es?

BON. Luis.

ENR. (*dando un grito de alegría, que procura contener inmediatamente.*) Ah! De veras es esa su voluntad de usted?

BON. (*con viveza.*) Tú puedes rehusar... eres dueña de hacerlo... En cuanto á mí (*con emocion*), deseo con ardor que lo aceptes.

ENR. (*que durante este tiempo ha observado atentamente á su padre, dice aparte.*) No lo creo!

BON. Este á lo menos no te llevará á su regimiento, ni á paises distantes. Permanecerás en mi compañia; no te separarás de mi lado...

ENR. Papá, supuesto que tal es su voluntad de usted, para mí es lo suficiente.

BON. (*inquieto.*) Cómo... le aceptas? Es cosa concluida?

ENR. Escuche usted, papá! acuérdese usted de mis palabras de esta mañana. «Usted lo es todo para mí.» (*mirando de cuando en cuando á Luis*); y todo cuanto yo amo... todo lo que constituye mi felicidad, está aqui...

BON. Verdaderamente!

ENR. (*acariciándole.*) Ya no habrá dicha posible para mí si me hubiese obligado á separar mi existencia de la de usted, y á alejarme un solo instante de su lado.

BON. Enriqueta, hija de mi corazon!

ENR. Por lo que respecta al señor Luis, siempre le he mirado como á un hermano.

BON. (*gozoso.*) Bien! bien!

ENR. La amistad que le profeso es verdadera.

BON. (*gozoso.*) Perfectamente! Muy bien!

ENR. Pero antes de pasar adelante, debo hablarle francamente; mi cariño será siempre pacífico, jamás tendrá el carácter de la exaltacion.

BON. Tanto mejor; asi será mas duradero.

ENR. Odio esos amores románticos y exaltados.

BON. (*gozoso á Luis.*) Tengo pruebas de ello; esta misma mañana me proponia que te diese mi apoyo para establecerte fuera de nuestra casa.

LUIS. (*mirando á Enriqueta con dolor.*) Es posible?

ENR. (*con viveza.*) Por su interés de usted, caballero!

BON. Y porque asi lo exije la recta razon: una amistad tranquila es lo esencial en un matrimonio; eso es lo único que yo os pido, mis queridos hijos, eso es lo único que yo quiero: que vuestro amor sea el que podian tenerse dos hermanos.

LUIS. (*que hasta aqui ha escuchado con impaciencia que en vano ha tratado de reprimir, dice.*) Pues eso es precisamente lo que yo no quiero.

BON. Qué es lo que usted dice?

LUIS. Que no acepto bajo esa condicion! La amo demasiado, para deberla únicamente á la obediencia filial! Su frialdad causaria mi desesperacion, y mi ternura la seria importuna! Con semejante matrimonio, habria dos desgraciados; asi, vale mas que no haya sino uno, y que ese sea yo...

BON. Vamos, está visto! Es una especie de fatalidad... Ahora mismo acabo de decirlo, nunca la casaré!

ENR. Pero, papá...

BON. Ah!

LUIS. No hay otro remedio que el darnos un eterno á Dios!

ENR. (*ap.*) Me pierde por no entenderme!

BON. (*yéndose.*) Esto es terrible, cuando estaba decidido á darle la mano de mi hija, decir que nos deja para siempre! que haga lo que quiera!... (*sale por la puerta del fondo.*)

ESCENA X.

LUIS (*se sienta en un sillon que estará á la derecha, cerca de la mesa.* ENRIQUETA *se acerca á él despues de un momento de silencio.*)

ENR. Es preciso confesar, señor Luis, que es usted un hombre muy original y muy impaciente.

LUIS. Yo?

ENR. Usted, sí señor, usted mismo. Si yo tuviese un poco de amor propio, ni siquiera volveria á mirarle... ni mucho menos á dirigirle la palabra... No consiste sino en usted el casarse conmigo!... Mi padre consiente en ello; yo, no digo que no... Se le ofrece á usted mi mano, y usted la rehusa.

LUIS. Porque usted no me ama, á pesar de que yo la idolatro... Nunca podrá usted comprender lo mucho que he sufrido por amarla.

ENR. Ese es otro error... lo sé todo.

LUIS. Y quién ha podido decírselo á usted?

ENR. (*mirándole.*) Una persona... de toda mi confianza.

LUIS. Nadie ha podido revelar un secreto que yo solo poseo...

ENR. Y usted es quien me lo ha revelado.

LUIS. Cómo! A pesar de mi silencio?...

ENR. Ese silencio es el que me lo ha descubier-

to todo... y hace ya mucho tiempo...

LUIS. Hace ya mucho tiempo?... Segun eso, mi amor la ofende á usted... usted me aborrece...

ENR. Yo no he dicho tal, ni tengo necesidad de dar mas esplicaciones sobre el particular... Pero si quiere usted reparar todos sus yerros... es preciso que me jure usted una *sumision* ciega y absoluta...

LUIS. La juro.

ENR. Entonces, oigame usted con atencion! Hay corazones que son demasiado tiernos, ó demasiado susceptibles... Con estos son necesarias ciertas contemplaciones: y ademas es preciso ocultar sus debilidades... sobre todo, cuando se trata de un padre.

LUIS. Qué es lo que usted dice?

ENR. Este es un secreto que yo, como hija, debo guardar y respetar. Es indispensable que tenga usted confianza en mí... que me deje usted obrar... y que, suceda lo que quiera, no se enfade usted, como acaba de hacerlo ahora, por una vagatela.

LUIS. Por una vagatela! Cuando declara usted que no me ama!

ENR. Aun cuando hubiese dicho que le detestaba á usted!

LUIS. Pero, sin embargo...

ENR. (*con viveza, á media voz.*) Sí señor, para que sea usted feliz es preciso que haga yo ver que me es usted totalmente indiferente; es preciso que mi padre esté persuadido de ello y usted tambien; porque si llegase usted á imaginarse no mas lo contrario, no sabria usted disimular su alegria, con lo que todo lo echariamos á perder, y es menester que se case usted conmigo...

LUIS. (*interrumpiéndola con viveza.*) Ah!.. con un amor...

ENR. No con amor! sino desesperado!

LUIS. No la entiendo á usted.

ENR. Tanto mejor.

LUIS. Pero entretanto, si á lo menos pudiese vislumbrar alguna esperanza...

ENR. Por ahora ninguna; mas adelante no digo que...

LUIS. Ah! el ser amado de usted es una felicidad tan grande... una ilusion tan dulce, que apenas me atreveria á creerme á mí mismo, aun cuando lo oyese ahora de su boca de usted.

ENR. Imposible! Si yo pronunciase esa palabra, nos perderiamos los dos sin remedio.

LUIS. Pues consentiria gustoso en mi pérdida, con tal de oirla. Por Dios, dígame usted que me ama, aun cuando el oirlo me haya de costar la vida!

ENR. Permítame usted que me retire, y calme usted ese ardor que puede estarnos muy caro.

LUIS. (*arrodillándose.*) Enriqueta! En nombre del amor mas ardiente!

ENR. Por Dios! levántese usted, y no me pregunte mas.

LUIS. Por los tormentos que ve usted que sufro... por todo lo mas sagrado que se conoce, pronuncie usted una sola palabra... y nada temo de cuanto pueda sobrevenir.

ENR. (*haciéndole levantar.*) Ya que usted lo exije de un modo á que no puedo resistir... sepa usted que le amo... que ya hace mucho tiempo... y que á nadie amo sino á usted!

ESCENA XI.

Los mismos, y D. BONIFACIO.

BON. Qué es lo que oigo?

ENR. (*ap.*) Dios mio! estamos perdidos!

BON. (*ap.*) Me han vendido!

LUIS. (*entusiasmado, viendo á D. Bonifacio y dirigiéndose á él.*) Sí señor, participe usted de mi felicidad: soy el mas dichoso de los hombres... Me ama! acaba de decírmelo!...

ENR. (*ap.*) Qué imprudencia!

BON. (*queriendo ocultar su emocion con una sonrisa forzada.*) Sí, sí, lo he oido... Parece que tiene en usted una confianza... que no ha tenido en mí... Yo lo ignoraba... Jamás me habia hablado de ello.

ENR. (*en voz baja á Luis.*) Qué es lo que yo le habia dicho á usted! todo está perdido.

LUIS. (*ap.*) Cielos! (*alto.*) Como usted habia sido tan generoso que habia consentido en esta union, y como hace poco me habia usted dicho que...

BON. Ciertamente... hace poco que yo no deseaba otra cosa, y aun sabe usted que le he instado vivamente.

LUIS. Tambien sé que entonces se dignaba usted tutearme, y darme el nombre de hijo...

BON. Es verdad, es verdad! Quizá me he resentido, sin querer, de tu obstinacion... de tu negativa... que me ha aflijido al pronto, pero que me aflije ahora mucho mas.

LUIS. Pues por qué?

BON. (*impaciente.*) Por qué?... por qué?... Porque yo no podia estar á tus órdenes, ni adivinar tus caprichos: era preciso que tomase un partido; y viendo que rehusabas la mano de mi hija en el mismo momento en que el coronel venia á mi casa para obtener una respuesta decisiva...

LUIS. Y bien?

BON. Y bien! Como no tenia una escusa legítima para seguir entreteniéndole... Le he acogido favorablemente... y le he dicho...

LUIS. (*dando un grito.*) Eterno Dios!

BON. Y qué diablos querias que hiciese?

LUIS. No me quejo!... no señor... A nadie acuso mas que á mí mismo; pero ahora ya sé lo que tengo de hacer... Insensato! Yo mismo he causado mi perdicion; pero no sobreviré mucho tiempo á tamaño dolor.

ENR. (*ap.*) Todas mis esperanzas se desvanecieron por no haber seguido Luis mis consejos... Pesares y un acerbo dolor... hé aquí

lo único que me resta!...

Bon. (*ap.*) Mucho me cuesta disimular el júbilo que inunda mi corazon al ver que la hija á quien tanto amo, no se separará de mí, y que su marido será otro yo mismo. (*alto á Luis.*) Mucho lo siento, querido; pero cuando un hombre de honor ha comprometido su palabra...

Luis. Comprendo perfectamente! A nadie culpo de esto sino á mí; (*ap.*) pero vive Dios! que ahora ya sé cual es mi deber. (*alto.*) Con Dios, señor don Bonifacio. (*á Enriqueta.*) A Dios!

Enr. ¿Qué irá á hacer, Dios mio! (*vase Luis.*)

ESCENA XII.

D. Bonifacio y Enriqueta.

Enr. (*ap*) Cómo se ha de librar ahora mi padre de su compromiso con el Coronel!

Bon. (*mirando salir á Luis y acercándose á su hija en cuanto le vé fuera.*) Puesto que estamos solos los dos, veamos si podré yo saber qué significa todo esto, señorita. Llegaré al fin á saber la verdad?...

Enr. Esta mañana se la he dicho á usted: jamás he faltado á ella.

Bon. Esto vá apurando ya mi paciencia, señorita! Sepa usted que estoy enojado... que ya no puedo sufrir mas...

Enr. (*con viveza.*) Ni yo tampoco.

Bon. (*sorprendido.*) Tú?

Enr. (*con carácter.*) Yo.

Bon. Pues está gracioso! Cuando voy á reconvenirla... ella es la que...

Enr. Sí señor, papá... yo soy la que debo quejarme, y la que tengo derecho para estar enfadada. Le he dicho á usted esta mañana que no quiero separarme de usted... que quiero quedarme á su lado... y desde el mismo momento, como si lo hiciese usted espresamente, parece que no hace usted sino ir reuniendo y presentándome uno tras otro una turba de pretendientes...

Bon. No digo lo contrario... pero...

Enr. Ando yo acaso pidiendo novio? No quiero ninguno de todos ellos! ninguno!

Bon. Pero sin embargo, Luis...

Enr. No lo quiero.

Bon. Y el Coronel?

Enr. Tampoco. No quiero ninguno de ellos, los aborrezco á todos... los detesto...

Bon. (*enteramente tranquilizado.*) No te incomodes muger, no te incomodes, y tratemos de ver si podemos entendernos. Esplícame entonces, por qué cuande yo he entrado estaba Luis arrodillado delante de tí?

Enr. El? Usted cree que?....

Bon. No me lo ha contado nadie, que lo he visto yo mismo. Por qué cuando estaba asi, le has dicho tú, «le amo á usted! no amo á otro mas que á usted!»

Enr. (*con candor.*) Yo he dicho eso?

Bon. Lo he oido perfectamente!

Enr. Puede ser muy bien! Me amenazaba con que iba á levantarse la tapa de los sesos si no se lo decia... y ya sabe usted que en un pronto seria capaz de haberlo hecho!

Bon (*asustado.*) Santo Dios!

Enr. Asi es, que yo le hubiera dicho entonces todo cuanto se le hubiera antojado.

Bon. (*turbado.*) Has hecho bien! Con que no es él á quien quieres?

Enr. No señor.

Bon. (*turbado.*) Segun eso, será al Coronel?

Enr. No señor.

Bon. (*contento.*) Vaya, bien! (*á media voz.*) Tranquilízate; no me he comprometido con él, como habia dicho antes.... Todo lo he dejado en el aire... No he tomado ninguna resolucion, ninguna absolutamente.

Enr. (*sofocando un grito de alegria, y poniéndose la mano en el corazon.*) Ah!

Bon. Asi, ya ves, hija mia, que yo puedo hacer aun todo lo que tú quieras.

Enr. (*con firmeza.*) Lo que yo quiero, papá...

ESCENA XII.

Los mismos, y un criado que trae una carta.

Bon. Una carta!... letra del Coronel!

Enr. (*levantándose vivamente.*) Del Coronel!

Bon. Sí, del Coronel! Pero qué es lo que tienes?

Enr. Nada, papá. Lea usted.

Bon. (*leyendo.*) «Señor don Bonifacio Lopez.— Muy señor mio: Un jóven llamado don Luis, que segun parece es dependiente de su casa de usted, y que á lo que creo jamás ha tomado un arma en sus manos, quiere á todo trance matarme ó que le mate.»

Enr. (*que está de pié detrás de la mesita de la derecha, se deja caer en el sillon que estará detrás de ella.*) Ah!

Bon. (*á la izquierda, continuando en leer la carta, sin notar que su hija se ha desmayado.*) »Aunque contra mi voluntad, me veo obligado á aceptar un desafío, que solo puede usted cortar, escogiendo á uno de los dos por su yerno: decídase usted pronto á contestar, porque vamos á salir ahora mismo.» (*agitado.*) Escojer! escojer! sin darle á uno algo de tiempo para decidirse! (*yendo hácia donde está su hija.*) Dime tú misma, Enriqueta.... (*mirándola.*) Dios mio! ha perdido el sentido! No me ha dicho la verdad!... Este Coronel... ya no hay duda! él es! (*con amargura.*) Ah! (*tomando las manos de Enriqueta y estrechándolas entre las suyas.*) Hija mia!.... amor mio!.... vuelve en tí! será tuyo!.... te casarás con él! (*volviéndose al criado.*) Vaya usted pronto á buscar socorro: qué hace usted ahí? (*al mismo, que habrá dado un paso para salir.*) No, no.... aguárdese usted, ya vuelve en sí. Y este desafío, que no se po-

drá cortar si yo no escribo! (*acercándose al velador que está á la izquierda.*) Ah! qué momentos tan crueles tienen los padres en ciertos casos.... Es preciso! Ella queria sacrificarse por mí.... Seré yo tan egoista que acepte su sacrificio? No; yo soy quien debe sacrificarse (*al criado.*) Tome usted este papel, y llévelo usted al Coronel volando!.....

(*El criado se va.*)

ESCENA XIV.

D. Bonifacio *y* Enriqueta.

Enr. (*que al final de la escena anterior ha abierto los ojos y ha ido volviendo en sí poco á poco.*) Qué es lo que ha sucedido?.... Iban á batirse... En qué ha parado el lance?

Bon. (*acercándose á ella.*) Tranquilízate..... No se batirán; la cosa no tendrá mas consecuencias. Lo he arreglado todo de suerte, que no dudo merecerá tu aprobacion.

Enr. Me asegura usted que no hay peligro para nadie?

Bon. Ninguno absolutamente, te lo juro. Dentro de un momento los verás aqui á los dos, que vienen á comer con nosotros.

Enr. Y cómo se ha manejado usted?

Bon. Te pido que hasta que vengan no volvamos á hablar de semejante cosa... Lo que ha pasado me ha hecho mucho daño!

Enr. (*dirigiéndose á su padre, que va é sentarse al lado del velador.*) Tiene usted razon, papá; hablemos de otra cosa. Yo soy quien debe tranquilizar á usted, distraerle.

Bon. (*mirando á Enriqueta que está frente á él al otro lado del velador.*) Mi única distraccion, mi sola felicidad, es verte cerca de mí! ahí!

Enr. (*mirando al velador.*) Ah! este es el libro que tanto le gusta á usted! Voy á leer un poquito.

Bon. Como quieras; con tal que yo pueda contemplarte sin testigos, y á toda mi satisfaccion....

Enr. (*leyendo, y mirando á su padre de cuando en cuando.*) «Cuando llega á casarse, es »cuando una jóven comprende y sabe apre»ciar el cariño de sus padres. Hasta enton»ces, ni siquiera ha hecho alto en la ternu»ra con que ha sido tratada por ellos; pero »en cuanto se halla en el caso de prodigar »á sus hijos las mismas caricias que le han »prodigado á ella; cuando sufre alguna in»quietud por causa de alguno de sus hijos, »entonces aprende lo mucho que ella ha cos»tado á los que la dieron el sér.»

Bon. Qué es lo que me estás leyendo?

Enr. «Si es feliz en su matrimonio, necesita »hacer partícipe á su padre del bien que dis»fruta.»

Bon. (*con emocion.*) Dios mio!

Enr. (*del mismo modo.*) «Si es desgraciada, á »su padre, que es su mejor amigo, es el so»lo á quien confiesa sus penas.»

Bon. (*escuchando con interés.*) Es cierto!

Enr. «Las lágrimas que hace correr el marido, »la mano paternal se apresurará á enjugar»las.»

Bon. (*como antes.*) Es verdad! es verdad!

Enr. (*parándose.*) Le parece á usted?...

Bon. (*impaciente.*) Prosigue...

Enr. (*continúa, pero en un tono mas alegre.*) »Ademas debe tener muy presente, que cuan»do un padre casa á su hija, en lugar de »perder su tesoro, lo aumenta; la nueva fa»milia que le rodea, le recuerda las gracias »de su hija en la infancia: su amor hácia »ella se estiende y multiplica sin debilitarse. »Otros son los que tienen el cuidado de edu»car y de corregir á los niños; á él solo le »toca amar mucho á sus nietecitos.» (*con emocion.*)

Bon. (*saltándole las lágrimas.*) Muy bien! muy bien! Es magnífico lo que estás leyendo: yo no habia visto sino la primera hoja.

Enr. (*sonrojándose.*) Es que todas las cosas tienen dos lados por donde mirarlas. (*á su padre, que la quita el libro de las manos.*) Pero qué es lo que usted hace?

Bon. Déjame, hija mia! déjame que lea yo mismo, sobre todo este último cuadro del abuelo en el seno de su familia... estos momentos de felicidad son los que tantas veces he soñado. (*hojeando el libro*) Pero por mas que busco, no encuentro lo que acabas de leer; en dónde está?

Enr. (*poniendo la mano sobre su corazon.*) Aqui, padre mio! el amor que profeso á usted es quien los ha grabado, y estarán en él eternamente. Usted hubiera podido leerlos muy bien, á no ser por el velo funesto que cubre sus ojos, y que todo mi amor no ha podido descorrer.

Bon. (*conmovido.*) Ah! solo tú tienes razon!... Tú eres la sola que sabe amar! tú te sacrificarias por hacerme dichoso... mientras que yo con mi egoismo, con mis celos...

Enr. (*viendo que su padre estiende los brazos en ademan de suplicar, y que casi se pone de rodillas.*) Qué va usted á hacer papá?

Bon. Perdóname, hija mia! Soy muy culpable!...

Enr. Usted! Dios mio!

Bon. Sí, hija mia! Tu amor es un tesoro, que me repugna el tenerlo que partir con otro.. Ahora mismo, cuando me he visto en la precision de consentir en tu casamiento.... perdóname... pero como el Coronel es tan seductor...

Enr. Concluya usted por Dios, papá!

Bon. Por Dios, te suplico que me perdones!... Como iba diciendo, me ha parecido que te gustaba tanto, que á mi pesar he elegido al otro para que sea tu marido. (*Enriqueta dá*

un grito). Ya está hecho! he elegido á Luis! Te juro que yo mismo me impondré el castigo. Iré á buscar á Luis, le diré que me libre de mi promesa, y que acepte en cambio la mitad de mis bienes.

ENR. Jamás consentirá en ello!

BON. Y qué haremos entonces!

ENR. Lo que debe hacer un comerciante honrado, cumplir su palabra.

BON. (*dudando.*) Si... pero si el que te gustaba era el otro...

ENR. En el baile!... Pero usted entiende de esto mas que yo; y estoy persuadida de que Luis será mejor para marido.

BON. De veras!

ENR. De veras! Estoy muy contenta de casarme con él... (*reparando una mirada de inquietud de su padre*), porque á lo menos me quedaré aqui... no nos separaremos de usted!... Nada se variará! Ya verá usted, papá!... ni siquiera echará usted de ver que estoy casada... ni yo tampoco...

BON. (*gozoso.*) Enhorabuena! Siendo asi...

ENR. (*ap., muy contenta al ver á Luis.*) Luis !!..

ESCENA XV.

LUIS, D. BONIFACIO *y* ENRIQUETA.

LUIS. (*presentándose lleno de gozo á la puerta del cuarto sin atreverse á entrar.*) Será cierto?... Será verdad lo que dice esta carta que acaba usted de escribir al Coronel, y segun la cual, soy el elegido para esposo de Enriqueta?...

BON. Asi es, á menos que tú no quieras aun desairar mi firma.

LUIS. (*entrando con viveza.*) Ah! no señor! (*con timidez.*) Pero esta señorita...

ENR. (*mirando á Luis con ternura.*) Esta señorita obedece á su padre, como lo ha hecho siempre. (*Luis quiere adelantarse hácia ella para darla las gracias; pero ella le detiene con una seña que le hace.*)

BON. (*alegre, y dando el brazo á su hija.*) Haces muy bien, hija mia! haces muy bien! En cuanto á la época de vuestro casamiento... ya veremos... luego trataremos de eso...

ENR. (*tranquilamente.*) Oh! tiempo nos queda... ninguna prisa tenemos!...

LUIS. (*en voz baja.*) Pero, señorita...

ENR. (*con viveza.*) Hágame usted el favor de callar!

BON. De aqui á un mes... ó dos...

ENR. (*con frialdad.*) O tres... Yo aprovecharé este tiempo para ir á Madrid á ver á mi tia.

BON. Cómo!... dejarme tú...

ENR. Como tiene tantos deseos de que vaya... y ademas que ahora no hay pretesto que darla para evitar el viage...

BON. (*impaciente.*) Pero si te casases pronto..

ENR. Eso ya seria otra cosa!... Entonces tendria ella que venir, lo que tal vez la incomodaria.

BON. (*impaciente y siempre agarrado del brazo de su hija.*) Y à mí qué me importa que se incomode? Voy á escribirla ahora mismo dándola parte de tu casamiento.

ENR. Como usted guste.

BON. Y á decirla que se celebrará dentro de quince dias. (*Luis manifiesta su alegria.*)

ENR. (*con frialdad.*) Haga usted lo que le parezca. (*Durante esta conversacion, D. Bonifacio ha ido llevando á su hija hasta la puerta del foro. Al llegar alli, se vuelve, y vé que Luis se ha quedado solo á la izquierda del escenario.*)

BON. (*á Enriqueta.*) Y qué hace alli tu marido?

ENR. (*con naturalidad.*) Ni siquiera me habia acordado de que estaba con nosotros.

BON. (*á su hija como agradeciéndola lo que acaba de decir.*) Qué hermoso es eso que acabas de decir. (*à Luis.*) Vamos hombre, vienes ó te quedas ahí como una estátua?

ENR. (*presentando su mano à Luis.*) Es verdad... vamos, venga usted, caballero!... (*Luis se adelanta precipitadamente y besa la mano de Enriqueta, à quien don Bonifacio lleva aun del brazo, D. Bonifacio que nota alguna cosa en el momento que Luis besa la mano de su hija, se vuelve entre impaciente y desconfiado.*)

BON. Qué es eso?...

ENR. Nada... una distraccion del señor!...

BON. Cuidado con las distracciones!...

FIN.

MADRID: 1846.

—

IMPRENTA DE D. VICENTE DE LALAMA,

Calle del Duque de Alba, n. 13.

un grito). Yá está hecho! he elegido á Luis! Te juro que yo mismo me impondré el castigo. Iré á buscar á Luis, le diré que me libre de mi promesa, y que acepte en cambio la mitad de mis bienes.

R. Jamás consentirá en ello!

N. Y qué haremos entonces!

R. Lo que debe hacer un comerciante honrado, cumplir su palabra.

N. (*dudando.*) Sí... pero si el que te gustaba era el otro...

R. En el baile!... Pero usted entiende de esto mas que yo; y estoy persuadida de que Luis será mejor para marido.

N. De veras!

R. De veras! Estoy muy contenta de casarme con él... (*reparando una mirada de inquietud de su padre*) porque á lo menos me quedaré aquí... no nos separaremos de usted!... Nada se variará! Ya verá usted, papá!... ni siquiera echará usted de ver que estoy casada... ni yo tampoco...

N. (*gozoso.*) Enhorabuena! Siendo así...

R. (*ap., muy contenta al ver á Luis.*) Luis!!..

ESCENA XV.

LUIS, D. BONIFACIO y ENRIQUETA.

LUIS. (*presentándose lleno de gozo á la puerta del cuarto sin atreverse á entrar.*) Será cierto?... Será verdad lo que dice esta carta que acaba usted de escribir al Coronel, y segun la cual, soy el elegido para esposo de Enriqueta?...

BON. Así es, á menos que tú no quieras aun desairar mi firma.

LUIS. (*entrando con viveza.*) Ah! no señor! (*con timidez.*) Pero esta señorita...

ENR. (*mirando á Luis con ternura.*) Esta señorita obedece á su padre, como lo ha hecho siempre. (*Luis quiere adelantarse hácia ella para darla las gracias; pero ella le detiene con una seña que le hace.*)

BON. (*alegre, y dando el brazo á su hija.*) Haces muy bien, hija mia! haces muy bien! En cuanto á la época de vuestro casamiento... ya veremos... luego trataremos de eso...

ENR. (*tranquilamente.*) Oh! tiempo nos queda... ninguna prisa tenemos!...

LUIS. (*en voz baja.*) Pero, señorita...

ENR. (*con viveza.*) Hágame usted el favor de callar!

BON. De aquí á un mes... ó dos...

ENR. (*con frialdad.*) O tres... Yo aprovecharé este tiempo para ir á Madrid á ver á mi tia.

BON. Cómo!... dejarme tú...

ENR. Como tiene tantos deseos de que vaya... y ademas que ahora no hay pretesto que darla para evitar el viage...

BON. (*impaciente.*) Pero si te casases pronto...

ENR. Eso ya seria otra cosa!... Entonces tendria ella que venir, lo que tal vez la incómodaria.

BON. (*impaciente y siempre agarrado del brazo de su hija.*) Y á mí qué me importa que se incomode? Voy á escribirla ahora mismo dándola parte de tu casamiento.

ENR. Como usted guste.

BON. Y á decirla que se celebrará dentro de quince dias. (*Luis manifiesta su alegría.*)

ENR. (*con frialdad.*) Haga usted lo que le parezca. (*Durante esta conversacion, D. Bonifacio ha ido llevando á su hija hasta la puerta del foro. Al llegar allí, se vuelve, y ve que Luis se ha quedado solo á la izquierda del escenario.*)

BON. (*á Enriqueta.*) Y qué hace allí tu marido?

ENR. (*con naturalidad.*) Ni siquiera me habia acordado de que estaba con nosotros.

BON. (*á su hija como agradeciéndola lo que acaba de decir.*) Qué hermoso es eso que acabas de decir. (*á Luis.*) Vamos hombre, vienes ó te quedas ahí como una estátua?

ENR. (*presentando su mano á Luis.*) Es verdad... vamos, venga usted, caballero!... (*Luis se adelanta precipitadamente y besa la mano de Enriqueta, á quien don Bonifacio lleva aun del brazo, D. Bonifacio que nota alguna cosa en el momento que Luis besa la mano de su hija, se vuelve entre impaciente y desconfiado.*)

BON. Qué es eso?...

ENR. Nada... una distraccion del señor!...

BON. Cuidado con las distracciones!...

FIN.

MADRID: 1846.

IMPRENTA DE D. VICENTE DE LALAMA.

Calle del Duque de Alba, n. 13.